

*MANOLO VÁZQUEZ INTERPRETADO
POR LA PRENSA DE SU ÉPOCA*

Juan Carlos Gil González*



I.- INTRODUCCIÓN: EL CRONISTA DE TOROS,
UNA TRÍADA DE SABERES



El gran trabajo de la prensa en un sentido amplio es profundizar en las transformaciones que los hechos provocan en el hombre, considerado como individuo o como colectividad. (Davara, 1991: 1.106) La interpretación que ofrecen los periódicos permite descifrar y comprender, por medio del lenguaje, la realidad de las cosas que nos circundan y afectan directa o indirectamente. En este sentido, la tarea de la crítica, ese sacramento de tan difícil administración, como sentenció Ortega y Gasset, reside en vincular los matices singulares de la obra en sí con las características generales de un movimiento artístico, en juzgar razonadamente dicho proceso y en ponderar con sobrada inteligencia en torno a las virtudes y desaciertos de ese proceso dialéctico y comunicativo que toda labor humana lleva consigo.

Desde un ámbito más particular, el periodismo taurino, por esencia, se basa en el enjuiciamiento de una composición de matices en movimientos que no se ve de forma duradera, por lo que exige predisposición de la mente para que pueda impregnarse en

* Profesor de la asignatura curricular “Toros, Sociedad y Periodismo” en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.

la memoria del que la presencia. Inexorablemente, lo ocurrido en el ruedo no vuelve a repetirse, pasa fugaz y sin atisbos de posible detención. La verónica excelsa, mecida desde el inicio de la embestida y finalizada hasta el límite que imponen los brazos y la cintura, subsiste apenas unos segundos. El muletazo más lento es un verte y no verte, percedero por esencia y caduco por necesidad. El momento culminante de la entrega humana que acude vertiginosa a quebrar los instintos de la afilada muerte transcurre en apenas décimas de segundos. En esos milimétricos instantes se dilucida gran parte de los secretos de la Tauromaquia.

Con estos mimbres tan dispares y a la vez inconfundibles, el cronista de toros debe transcribir las elucubraciones y sensaciones que provoca la contemplación de la obra en mensaje explicativo y comprensible para los que no han asistido a la plaza de toros. En éste deben descollar los conceptos que mejor exhiban el fundamento de las faenas, los pasajes que ayuden a percibir el verdadero sentido de lo sucedido en la arena más pública y democrática de los espectáculos actuales. En una crónica debe estar la esencia de la faena y las sutilezas de los adornos, la acometividad de la bravura y el talento del torero, la colocación de los banderilleros y la monta campera de los hombres del castoreño.

Esta polifacética actividad, asentada en relacionar la tonalidad más inadvertida con el conjunto de la obra en general, no está al alcance de diletantes superficiales, sino de profundos conocedores de los arcanos del laberíntico mundo del arte de torear. Sin un amplio bagaje de conocimientos taurinos es imposible percatarse de la multitud de atributos que rodean y protagonizan la labor de un torero. Más aún, sin las nociones elementales sobre el encaste de los toros y sus diferentes cruces, difícilmente se podrá sopesar con equidad la bravura de las reses, su conformación morfológica, las constantes modificaciones de su comportamiento a lo largo de la lidia...

De ahí que podamos afirmar, con carácter general, que los cronistas taurinos ejercen su profesión con la unción del devoto más convencido. Ahora bien, no sólo es imprescindible dicho entusiasmo sino que también se precisa, como escribió Laín Entralgo, poseer un saber histórico, un saber técnico y un saber teórico, (Laín Entralgo: 1999,10). además de altas dosis de sensibilidad para sentir en lo más profundo de las entrañas el pellizco que provoca este juego venturoso entre la vida y la muerte.

Un cronista de toros debe conocer al dedillo la *historia* del toreo para saber contextualizar e incluso comparar la obra que presencia y ponerla en relación con otras que la han precedido. Debe poseer un alto conocimiento *técnico* de la materia que enjuicia (pases de capa y muleta, tipos de toros, sus pelos, su sangre, los terrenos de la plaza, su acomodo al comportamiento del toro...), es decir, no se puede ser un buen cronista taurino si se ignoran los pilares fundamentales sobre los que descansa la fiesta de los toros. Finalmente debe estar revestido con los ropajes de cierta *autoridad moral* para observar la relación de la obra por él criticada y el resto de las actividades del ser humano, o lo que es lo mismo, cómo influyen las circunstancias sociopolíticas en la catalogación del toreo.

Y para que el mensaje alcance la perfección y eficacia que se le exige a un género periodístico tan peculiar como la crónica taurina es *conditio sine qua non* que *el estilo* sea correcto, sugestivo, atrayente... Debe tener un sello estético-literario que la diferencie de los otros discursos periodísticos, y en el que se combinen en perfecta simbiosis la mejor prosa con la jerga propia de la Tauromaquia. Su objetivo último debe estar encaminado a conseguir, como sostuvo Lausberg, «los afectos suaves y tendentes a la captación de la simpatía y del *delectare* apropiados para ganarse la afición del público de manera duradera, afectos que también aparecen como disposición permanente del alma» (Lausberg, 1996: t.1, 257).

A estos altos requerimientos se debe un cronista de toros que se precie de ser independiente y atento al juego de intereses que se libra en la batalla taurina cada temporada. Sólo con los aditamentos enunciados, su trabajo podrá soportar el paso del tiempo y convertirse en fuente histórica apropiada para ser consultada, libre de prejuicios ideológicos, y apta para relatar el pasado más inmediato. Con todas las cautelas imprescindibles, la historia del toreo puede aprenderse por las crónicas de toros, y éstas siempre exigen una firma, una voz autorizada que les dé crédito y trascendencia para la posteridad.

Pero además, el sentido de las crónicas, entendido según la concepción weberiana, como lo propio de una acción subjetivamente dirigida de modo racional con medios considerados idóneos para los fines, será el que aquilate e inscriba las innovaciones imperecederas que en su día alteraron los paradigmas imperantes en cada época del toreo. No tanto la información en sí (los datos se olvidan rápidamente), sino lo que realmente se desprende cuando el texto es leído y apprehendido por la audiencia es lo que deja poso en la memoria colectiva y lo que nos permite, ahora, ir fraguando la imagen prototípica de los sucesos de la intrahistoria. Estas argumentaciones justifican por sí mismas la tarea de acudir a los periódicos para comprender la crucial labor artística que Manolo Vázquez fue cincelandando en los ruedos durante sus treinta dos años de matador de toros.

II. MANOLO VÁZQUEZ BAJO EL CRISOL DE LAS CRÓNICAS TAURINAS

Analizar cualquier aspecto de la Tauromaquia de Manolo Vázquez entraña una dificultad mayor de la que suele ser habitual si como único sustento contamos con las crónicas taurinas que expresaron lo efímero de su producción artística. Sin embargo, nos proponemos tal propósito para no entrar en colisión ni

con las elogiosas biografías de que disponemos ni con la multitud de artículos hagiográficos que vieron la luz cuando la muerte le asestó la última cornada al Brujo de San Bernardo. Nos enfrentamos, pues, a la tarea de calibrar el toreo de un pequeño mito, y para no caer en la nostalgia debemos esforzarnos por escapar de un grave inconveniente: la exaltación apasionada (todo lo que en los ruedos y fuera de ellos hizo Manolo Vázquez ha gozado de un resplandor, a veces justificado, otras exagerado) que es casi inherente a cualquier texto que pretenda remarcar los perfiles de algún personaje público.

Una de las descripciones más reveladoras que se hayan dado del ideal poético de belleza la encontramos en un pasaje del diario íntimo de Baudelaire (Baudelaire, 1997), en el que al exponer los rasgos que identifican el rostro de una mujer ve en ellos su belleza «ardiente y triste» adjetivada, a su vez, de «voluptuosidad y amargura». Ese contraste realza su preciosidad. Y precisamente esa contraposición de matices resulta subyugante porque abre una suerte de pasadizo donde se desenvuelve con toda naturalidad la gracia, esa suerte de don divino que adorna el empaque de ciertos toreros. Esa doble composición de lo bello es lo que en el toreo siempre ha resultado excitante, sobre todo, en los toreros de personalidad tan acusada como la de Manolo Vázquez.

Torero irregular, de muchos registros, incompleto, corto, pero original, diferente y a ratos sublime. Su forma de interpretar el arte de Cúchares impele por ser capaz de sugerir la existencia de un orden ideal, armónico, supraterrrenal..., pero siempre amenazado –a modo de pecado original– de una brizna de incoherencia, de una gota de veneno que fanfarronea con destruir el sistema.

Destaca de su toreo la presencia indispensable de un elemento sempiterno e inmutable como el empaque, con otro circunstancial y pasajero, como el toreo enfrontilado con la embestida de la res. La mezcla, en incesante metamorfosis, de estos dos componentes es lo que ha hecho que su Tauromaquia

pueda ser catalogada como *clásica*, o lo que es lo mismo, resistente a la acción demoledora de la Historia. Su toreo ha compendiado la habilidad y lo primoroso, lo pesado y lo grácil, la textura arenosa y la delicadeza de la seda...

Y estos dos polos antagónicos, que vibran como dos fuerzas vivas, son los que propician que todo pueda desencadenarse para lo excelso y para lo nefasto. El embrujo de Manolo Vázquez –como perfectamente lo definió el poeta sevillano Joaquín Caro Romero– reside en que las bellezas de sus faenas, al no existir sino en función de lo que se destruye y regenera, se presentan con un orden derrocado por el frenesí de una potente tempestad.

Su vida taurina ha estado marcada por dos mitades, como su toreo. Recién tomada la alternativa (1951), se inicia la primera en la que van a destacar sus triunfos en la catedral venteña. Apenas si hubo triunfos en el coso maestrante. A veces, no acompañaba la suerte en los sorteos, otras, él no sentía en sus alamares los toquecillos de los duendes del toreo. Más bien se comportaba como un buen profesional que cumple obstinadamente con su obligación.

«Tres oficinistas imperfectos fueron Julio Aparicio, Manuel Vázquez y Gregorio Sánchez. No hicieron nada más que andar de acá para allá para que pasara el tiempo, no el toro, que por culpa de sus pocas ganas, unidas a las escasas de los toros, no pasaron una sola vez como tienen que pasar los toros cuando los torea un torero y no un oficinista. (...). Consecuencia: un aburrimiento espantoso. Los oficinistas nos cerraban los ojos. ¡Qué tristeza desprende un oficinista vestido de torero!»¹

Uno de los actos más emocionantes del torero durante el desarrollo de la lidia se encuentra en los mulatazos iniciales en los que el artista somete y se apodera de la bravura del burel para luego, con su íntima colaboración, encauzar su embestida por los derrote-

¹Véase *ABC* (Madrid); 25 de abril de 1959, pág. 75.

ros dictaminados por su inteligencia. El toro, que no consigue romper la fragilidad de la carne, se quebranta en la tela que lo burla. Ya desde esos momentos iniciales pueden vislumbrarse los resultados de la faena. Si en esas cinco arrancadas primigenias no hay comunión de conceptos entre toro y torero, muy posiblemente no habrá obra, sobre todo si el protagonista tiene un sello especial.

Los artistas no son *pegapases* cualesquiera, ni unos jornaleros del toreo. No son personas esforzadas ni recurren a mil triquiñuelas para dar pases a embestidas furtivas y nada aptas para la elaboración de *lo original*. Como se entregan por entero cada tarde en una especie de holocausto por la obra, nunca son capaces de estar a la defensiva. Cuando están incómodos se les nota, cuando no les sale el toro adecuado para embeberlo sutilmente con los repliegues de su muleta suelen tirar por la calle de en medio y poner punto y final. La martingala, el recurso efectista, las miradas indulgentes al tendido, el pase acá y acullá no está en su repertorio.

Manolo Vázquez no se encargó de romper con esa visión de acendrada tradición en el planeta de los toros. O era él mismo o no era nada. La metafórica mente de un escritor costumbrista como la del cronista madrileño Antonio Díaz-Cañabate, curtida en mil batallas literarias, lo catalogó como oficinista en varias tardes. La metáfora tiene mucha miga, pues lo compara con ese sufrido trabajador que nunca hace lo que le apetece y que en lugar de contar con un empleo se le obsequia diariamente con un castigo. No acertó plenamente Díaz-Cañabate, mas con la experiencia que dan los años y con la ecuanimidad que da la equidistancia de los hechos, escribió:

«El cuarto embistió poco. Manuel Vázquez no intentó que embistiera más. Supongo que estará contento. Ya le han dado en la oficina unas vacaciones. Que hasta su próxima corrida las disfrute con cabal salud. De un pinchazo y una estocada terminó su absolutamente borroso trabajo en la Feria de su pueblo».²

² Véase *ABC* (Madrid); 26 de abril de 1959, pág. 103.

Ahora bien, este excepcional escritor de toros también se sintió cautivado por el arte que desgajaba su toreo. Supo ver la llama de fuego auténtico y no de artificio de una muleta impregnada de viveza y empaque. Ese fuego abrasador que calcina el alma, aunque sea por breves instantes.

«El arte lo destapó Manolo Vázquez en el primero. Justo tres gotas. Las tres gotas de tres naturales. Ya sabemos que el arte, como todo lo exquisito, no se puede prodigar. La faena, en conjunto, fue reposada, corta, airosa. La terminó una estocada».³

Como puede apreciarse en estos textos seleccionados, esas fueron las cimas y las simas que surcaron la primera etapa como matador de toros de Manolo Vázquez. De un lado, la soberana plasticidad, la belleza inmaculada e inmortal, la intachable sencillez de sus tres naturales, ese perfume inconfundible y diminuto que penetra en el tendido y empapa el ambiente de cualquier plaza de toros con sólo una gota. De otro, lo escorado, lo rutinario, la pesadez, la contraindicación. En esta primera etapa, su toreo condensa la dialéctica de este espectáculo: un violento juego de contrastes, ardiente confrontación de contrarios.

Sin embargo, en la segunda etapa se multiplicaron los triunfos. Hubo una revolución de sustitución y permaneció en la mente de todos los aficionados lo inmarchitable de su verdad taurina. Su decir taurómaco adquirió prestancia, su discurso ganó en solera y su dicción fue la de los mejores juglares. Un epílogo de apenas tres años, que al menos le sirvieron al matador para saldar la deuda que tenía contraída con su ciudad. Sevilla, siempre tan barroca, tan dada a los mitos, no se lo puso fácil. Fue severa, rigurosa y, además, estaba entregada a los encantos chinescos y fabuladores de las muñecas de su hermano Pepe Luis, «ese colegial tímido de resplandor triguereño» como lo definió Gerardo Diego.

³ Véase *ABC* (Madrid); 24 de abril de 1964, pág. 59.

Al final, la ciudad del Guadalquivir, en su reaparición en el año 1981 y muy especialmente en su magnífica despedida del 12 de octubre de 1983, abrió su templo para que en él oficiara como sumo pontífice uno de los artistas mejor dotados para este trágico ritual de vida y muerte. La delicada y certera prosa de Joaquín Caro Romero captó el impacto de su encantamiento, pues, no



Fig. n.º 7.- *Natural*. Apud Andrés Amorós A. (2005): *El toreo de frente*. Manolo Vázquez, Madrid, Biblioteca Nueva, f.31.

en vano, él lo había rebautizado con el sobrenombre de El Brujo de San Bernardo («fui yo el primero en llamarle así en *ABC* antes de su reaparición») por la magia de su capote, por el hechizo de sus medias verónicas eternas, por el sortilegio de sus peculiares quites por chicuelinas...

«Manolo, veterano y florido como el Cid del romance, con medio siglo de primaveras sobre el traje grana y oro, dio lecciones de alta cátedra sobre el albero maestrante. Bordó primores con capa y muleta en sus dos toros. Bordó el toreo con su bastidor purísimo, haciendo arder la llama del templo de la Tauromaquia. Dos enjundiosas y prístinas faenas, amenizadas por la música».⁴

El hombre que había entrado ya en el otoño de su vida protagonizó un pequeño amanecer homérico en los primeros años de los ochenta. Sin embargo, no prolongó su metáfora más de lo debido. Como el toreo es una forma de lucha incesante contra el tiempo, Manolo Vázquez supo retirarse en el instante justo en que las facultades intelectivas y físicas habían alcanzado su plenitud. En lugar de arrastrar su decadencia, pues Manolo Chopera tras la feria de Logroño de ese año de 1983 le había ofrecido una más que sugestiva exclusiva, prefirió renunciar al dinero fácil y ganado de forma ratoneril, con la finalidad de que su imagen estuviese siempre encumbrada en el lugar que los mitos se ganan diariamente con esfuerzo y sangre en los ruedos de la Piel de Toro.

Su biografía está compuesta de esa geografía sentimental del arte del toreo, para el que vivió con fervor infinito: en las páginas de la reciente historia taurina, un quite magistral en Almería, un triunfo rotundo en Madrid, una serie de naturales en Aranjuez, y la despedida soñada en Sevilla. Su gloria ha sido tan clara como la segunda salida de Don Quijote, como un tercer viaje de Colón. Fue necesaria esta segunda etapa para que la afición maestrante encontrara al hombre y descubriese la forma de ceñirse la embestida con el capote y la madurez de su muleta. Por gestas como la que a continuación protagonizó, merece un hueco en el altar laico de los toreros sevillanos, junto a las glorias de José y Juan, entre otros:

⁴ Véase ABC (Sevilla); 21 de abril de 1981, pág. 47.

«Con su segundo, Manolo hizo una faena de ensueño sobre ambas manos, con el aperitivo muleteril de cuatro ayudados, el de pecho y un pase cambiado que sembraron el delirio. La música (...) volvió a acompañar la inauguración y levantamiento de la estatua de la maravilla. Dos series con la derecha y una con la izquierda pusieron el coso a revientacalderas. Luego, media docena de pases con la diestra, con las plantas como atornilladas en el albero, ligando y mandando en trance de inspiración, en la frontera de las irrealidades, sublimes, que el toreo, como la vida, es sueño. Y éxtasis».⁵

La gran despedida. El torero portado en hombros entre la multitud atravesando la mítica puerta del Príncipe, construida para elevar a los humanos a la categoría de dioses del olimpo de la Tauromaquia. Manolo Vázquez, iluminado durante tantos años por las llamas maléficas a las que perpetuamente se expuso, se adornó en el ruedo con ese reflejo infernal que su genial Tauromaquia supo convertir en dorada obra de arte. De nuevo, el modelo cumplido, según Baudelaire, de la belleza viril.

III. SELECTA: LAS CRÓNICAS DE SU VIDA

La selección implica necesariamente una traición a la historia. No por ello debe presuponerse mala intención. En nuestro caso, y siguiendo los dictados de Lorenzo Gomis, (Gomis, 1991: 76-77), nos hemos guiado por los principios de universalidad y de neutralidad, con todas las salvedades que se puedan observar al respecto. Todo hecho, en este artículo con la obligatoriedad de ser taurino, podría haberse incluido en esta selección; sin embargo, hemos optado por rescatar una crónica de su primera etapa y dos de la segunda. La neutralidad implica carencia de intencionalidad manifiesta

⁵ Véase ABC (Sevilla); 13 de octubre de 1983, pág. 54.

por algo en concreto. Dejar que los hechos se expliquen por sí mismos, sin que la mente del autor preste nada más que los elementos necesarios: perspectiva, punto de vista sincero y una forma expresiva adecuada. La pretensión que nos ha movido ha sido presentar un breve retazo de la vida taurina del torero Manolo Vázquez.

Una corrida sosa frente a la Giralda

Sevilla 18. (Crónica de nuestro crítico taurino, enviado especial). Tenía el firme propósito de no hablar para nada de la Giralda. Y no por menosprecio, ni muchísimo menos, porque, como es natural, uno se enamoró de la Giralda desde el mismo día que la vimos por vez primera. Pero por lo mismo que tiene tantos novios, la Giralda está ya de piropos hasta la punta del giraldillo. Y por esta razón, por no molestarla con unas cuantas inepcias más, me había propuesto no mentarla siquiera en estas mis crónicas de la Feria de Sevilla. Y miren ustedes por donde en la primera corrida me compro un asiento de la grada del 3 y el tal asiento cae justo en frente por frente a la Giralda. Y yo sin querer mirarla. Entra don Antonio Miura. Entra una morena de las «vaya usted con Dios, reina de la morería». Sale el primer toro de don José Benítez Cubero. Sale corretón y sin fijeza. Julio Aparicio no logra sujetarlo. Antonio Ordóñez, en su quite, le temple. ¡Qué bien pudimos contemplar en lo que consiste el temple! Antonio acomoda sus lances a la embestida, que es lenta. Y con lentitud lo toreó. Tres verónicas y un recorte. Cuando remató miré a la Giralda. Estaba en su mismo sitio. Se me había figurado que fue ella la que toreó. Tanto salero y majeza tuvieron los lances de Antonio Ordóñez. El toro fue sosón. Aparicio, con la muleta estuvo bien. Pero bien a secas, y en Sevilla la sequedad no gusta. Mató de una estocada. En el segundo, Ordóñez, con la capa volvió a confundirse con la Giralda. No lo puede remediar. Le miraba a él y de reajo a la retrechera torre. Fue un espejismo. Se me figuró que estaba plantada en el tercio y que el capote eran las

alas del giraldillo. Alado toreó el de Antonio Ordóñez. El toro empujó con ganas en la primera vara. Y allí se terminó. Le quedó un rato de embestida, eso sí, franca y noble, admirablemente aprovechada por Ordóñez, que le tomó con la muleta, primero por alto. Uno por bajo con la gracia del mundo. ¡Cómo gusta la gracia en Sevilla! Y la morena, reina de la morería, gritó: «¡Vamos a

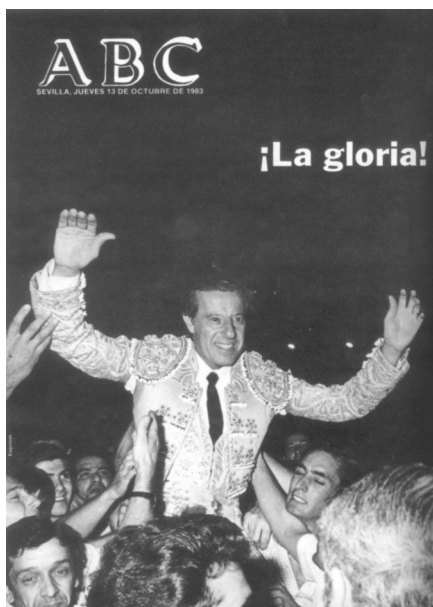


Fig. n.º 8.- Portada del periódico ABC. Apud Andrés Amorós A. (2005): *El toreo de frente. Manolo Vázquez*, Madrid, Biblioteca Nueva, f.28.

verlo Antonio!» Y vimos unos pases con la derecha obligando al toro, tirando de él. La muleta parecía un pincel que pintaba los pases en el aire de la feria. ¡Qué buen pintor es este torero! Naturales a la acuarela. Se me borró la Giralda. No me importaba ya su presencia, prendido en el toreo que subyuga con su belleza. Un pinchazo entrando bien. Una estocada, asimismo ejecutada con

deseos de matar. Una oreja. La morena se arranca un clavel que rojea en lo endrino de su cabellera. «¿Qué va usted a hacer, chiquilla? –le dice uno– Lo va a coger un inglés del tendido. Estamos muy lejos para tirar clavelitos».

La lidia del tercero y del cuarto transcurrió en medio de la sose-ría. Sosos los toros y los toreros Manuel Vázquez y Julio Aparicio. Vázquez pinchó seis veces y acabó con una estocada. Aparicio con otra. ¿Y yo qué iba a hacer? Pues mirar a mis vecinas. La de enfrente, una torre mora. La de al lado, una mora tan esbelta y tan juncal como la torre, sólo que de carne morena. ¿Cuál me gustaba más? Que me perdone la Giralda. Me hubiera quedado con la morena.

Sosón, por no variar el quinto. Puntea peligrosamente el capote de Ordóñez, que aguanta las tarascadas con valor. Y con valor le torea de muleta, doblándose con él y toreándole luego con la derecha, con reposos y con serenidad. Mató de media en lo alto y dio la vuelta al ruedo.

El sexto fue retirado por embestir con extraños, y Vázquez, al sustituto, le trasteó por la cara y le cazó de una estocada. Aún el sol doraba la Giralda cuando salimos de la plaza. ¡Qué pena da siempre abandonar esta plaza de la Maestranza, en donde una corrida sosa, sólo con especiados destellos toreros, se me convirtió en alegre gracias a la suerte de que la Giralda me tocara enfrente y una morena al lado! No ha sido mi culpa si en demasía he hablado de ellas. Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

Antonio Díaz-Cañabate. (19 de abril de 1959).

Manolo Vázquez, que reaparecía, fue el triunfador de la tarde. El retorno de los brujos.

Corrida de máxima expectación, con un cartel en el que se venía soñando desde hace muchos meses. Por fin se hizo realidad. El cartel, no el sueño. Pero esto no quiere decir que al sueño se le

hayan cerrado todas la puertas. En absoluto. Cuando un cartel como el del domingo reúne tal poder de convocatoria no puede hablarse de pérdidas, sino de ganancias. Materiales y espirituales. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde. Por lo tanto, tiempo al tiempo.

Gran responsabilidad la de Pepe Luis Vázquez, y más en tarde de alternativa. Es cierto que se esperaba –y se sigue esperando– más de él. El toro de su doctorado, que lucía la divisa azul de Jandilla, careció de alegría y fuerza. También de peligro. Era amigo de las tablas. Momento emocionantísimo cuando Manolo Vázquez le cedió los trastos a su sobrino. Pepe Luis brindó a la plaza, que aplaudió unánimemente durante el paseíllo. Derechazos templados y naturales acariciadores. El animal suspiraba por los maderos y pronto se desentendió de la pelea. Dos pinchazos y dos descabellos.

En el sexto, que brindó a su padrino, toreó templadamente con la flámula por ambos pintones, gustando al respetable pero sin entusiasmar. Al finalizar el trasteo hubo, sin embargo, algunas discrepancias. Cuatro pinchazos, media delantera y tres descabellos. En fin, al muchacho le quedan dos corridas de feria y, respondiéndole el ganado, puede sacarse la espina. El que tiene la moneda es el que la cambia.

También Manolo tenía una papeleta difícil, pero supo superarla y se convirtió en el triunfador de una tarde que nos prometíamos más felices. El Brujo de San Bernardo –como yo lo he llamado siempre que he escrito sobre él– reaparecía tras muchas temporadas sin vestir el traje de luces, no sin abandonar el toreo, que va con él desde la cuna. Manolo, veterano y florido como el Cid del romance, con medio siglo de primaveras sobre el traje grana y oro, dio lecciones de alta cátedra sobre el albero maestrante. Bordó primores con capa y muleta en sus dos toros. Bordó el toreo con su bastidor purísimo, haciendo arder la llama del templo de la tauromaquia. Dos enjundiosas y prísti-

nas faenas, amenizadas por la música. Pero el acero le jugó una mala pasada, privándole de un seguro corte de oreja. Hasta la quinta agresión no acertó con su primero, brindado a la afición. Al cuarto lo despenó, tras un intento infructuoso, de media y tres golpes de verdugillo. Pero allí quedó escrito su abecedario de buen torear, su magisterio personalísimo de alquimista y brujo. La sencillez, la naturalidad, la gracia, la profundidad. El arte y punto y aparte.

En manos de Curro, por obra y sal de su capote, lució nuestra señora la verónica. Cuatro y media repicaron en sus muñecas al recibir al tercero de la tarde. Tesón y aguante derrochó el de Camas con la muleta en su primer oponente. El burel le oponía su resistencia a embestir. En otros tiempos Curro hubiera optado or la vía rápida, pero este Curro de hoy se empeña en demostrarnos su buena voluntad, que él no tiene la culpa cuando un toro no embiste. Por eso insiste, a veces más de la cuenta, como el domingo. Sin esperanza, con convencimiento. Sin embargo, en el quinto –el peor de la corrida. No se confió inclinándose cuerdamente por una leve escaramuza muleteril, que encrespó los ánimos. El morlaco parecía cosido al estribo, donde lo tumbó definitivamente de una entera en todo lo alto.

El ganado no dio el buen juego apetecido. Sobre todo en el último tercio. Aceptable de presentación, en general. Segundo, cuarto y quinto entraron tres veces al caballo. Los otros, en dos ocasiones. Luis Arenas destacó en la brega y con los palos.

Con el retorno de Manolo Vázquez a los ruedos –el domingo se puso de manifiesto– parece que la fiesta retoma aires de brujería. Brujería que nos introduce en el realismo fantástico, que es como se subtitula un libro que causó gran sensación en el mercado: «El retorno de los brujos». Paso a los brujos, porque de los brujos ha sido siempre el reino del toreo.

Joaquín Caro Romero (21 de abril de 1981)

*Manolo Vázquez salió otra vez por la Puerta del Príncipe.
Donde lo dejó Belmonte*

Hace más de treinta años, cuando Manolo Vázquez era novillero, se decía del Brujo –entonces nadie le decía El brujo de San Bernardo, porque fui yo el primero en llamarle así en ABC antes de su reaparición– que había cogido el toreo donde lo dejó



Fig. n.º 9.- *En su reaparición* Apud Andrés Amorós A. (2005): *El toreo de frente*. Manolo Vázquez, Madrid, Biblioteca Nueva, f.13.

Belmonte. Esto lo cuenta el primer belmontista de la posteridad y, por consiguiente, el primer vazquista, que es Luis Bollaín, en un libro ya inencontrable que publicó en 1959. y el tiempo le dio la razón al torero, al crítico y a una minoría de aficionados de aquellos tiempos reencontrados en el presente. Un presente que, cuando se publiquen estas líneas, será ya un pasado.

La corrida de ayer en Sevilla, en la tarde histórica de la despedida de Manolo Vázquez, superó con creces todos los pronósticos acerca de su resultado. Al Brujo no le pudieron rodar mejor las cosas en su adiós definitivo. Decir adiós a una gloriosa profesión saliendo a hombros por la Puerta del Príncipe es un caso sin precedentes. Lástima que yo tenga que escribir tan aceleradamente sobre el toreo que enseñoreó ayer Manolo en la Maestranza. El torea tan despacio, con tanta cadencia y regusto y templada soberanía.

El público que abarrotaba la plaza, dedicó al gran maestro una enorme ovación antes que soltaran a su primer toro, en el que ya empezó a dejarse sentir con el percal. Qué dos verónicas, una por el pitón izquierdo y otra por el derecho a pies juntos. Qué difícil es narrar lo que se ofrecía a los ojos como un milagro, que crece y se repite en las tres chicuelinas y media de clamor del quite tras el primer puyazo. El animal sale suelto las tres veces del caballo. Manolo Vázquez realiza su faena a favor de querencia en terrenos de la solanera. La faena justa y medida, la construye sobre la mano derecha. Todo un primor de enjundia torera. Muletazos largos y templados con ligazón y sin enmiendas. Manolo parece que está reapareciendo, no despidiéndose. Estuvo por encima del toro, al que fulmina de una entera.

Con su segundo Manolo hizo una faena de ensueño sobre ambas manos, con el aperitivo muleteril de cuatro ayudados, el de pecho y pase cambiado que sembraron el delirio. La música, como el en el toro que abrió plaza, volvió a acompañar la inauguración y el levantamiento de la estatua de la maravilla. Dos series con la derecha y una con la izquierda pusieron el coso a revientacalderas. Luego, media docena de pases con la diestra, con las plantas como atornilladas en el albero, ligando y mandando en trance de inspiración, en la frontera de la irrealidades sublimes, que el toreo, como la vida, es sueño. Y éxtasis. Tirándose a matar muy de verdad, pincha antes de cobrar una entera que basta.

El penúltimo de la jornada triunfal, brindado a la plaza, presenta dificultades. Manolo cierra su lancear con una excelente media verónica. En el centro del redondel dicta el maestro su lección. Con el engaño en la derecha y citando de frente obtiene muletazos de antología. El entusiasmo y la emoción que se respira son indescriptibles. Manolo obtiene más pases de los que tiene su oponente. Pinchazo y una corta. Manolo recoge la montera. Vierte en ella un puñado de albero. Lo besa. La gente le obliga a salir tres veces a saludar. El maestro llora. Finalmente arrastrado el último toro, el hijo del Brujo, Manuel, le desprende el añadido a su padre, que a continuación es alzado en hombros y paseado por el redondel de sus amores, saliendo de esta guisa por la Puerta del Príncipe. Eran las siete y cuarto de la tarde, mejor dicho, de la noche, pues ya había anochecido. ¿Cuándo amanecerá otra vez en el toreo?

Antoñete estuvo hecho un maestro, desde que se abrió de capa para bordar un quite al *juampedro* lidiado en primer lugar. Dos verónicas y media de gran clase. La actuación de Antonio Chenel, con el peor lote, tuvo sello de alta cátedra. No llegó a cuajar faena en ningún toro, pero dejó constancia de su personalidad y empaque, en destellos constantes de torería. En su primero dejó para el recuerdo algún que otro trincherazo y un monumental pase de pecho. En su segundo, una media de gran plasticidad. En el último, un par de pases de castigo y algún que otro natural largo y parsimonioso. Antoñete hizo las cosas con delectación a veces. A la hora de matar a sus respectivos rivales lo hizo siempre a la segunda agresión y con dignidad. Fue muy ovacionado al abandonar la plaza.

El ganado (se lidiaron toros de cuatro hierros) estuvo discretamente presentado, en líneas generales, y predominó la nobleza. Muy bueno para la muleta el del hierro de Manolo González, aun- que se empleó poco las cuatro veces que fue al caballo y salió suelto. Los dos peores fueron los lidiados en cuarto y quinto luga-

res (de Núñez Moreno de Guerra). Los dos *juampedros* y el González Sánchez-Dalp, cumplieron. El segundo de Antoñete fue manso y descastado y el tercero de Vázquez, muy falto de trapío, demasiado chico.

Tarde inenarrable, donde Manolo Vázquez se despidió y nos despidió del toreo que había cogido hace más de treinta años donde lo dejó Belmonte.

Joaquín Caro Romero. (13 de octubre de 1983)

BIBLIOGRAFÍA

- Baudelaire, Ch (1997): *Las flores del mal*. Madrid, Cátedra.
- Davara, J. (1991): “Profesionales de la comunicación” en *Diccionario de Ciencias y Técnicas de la Comunicación*. Madrid, Paulinas.
- Gomis, L. (1991): *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*. Barcelona, Paidós.
- Laín Entralgo, P. (1999): “Prólogo” en Corrochano, G. *Tauromaquia*. Madrid, Espasa.
- Lausberg, H. (1996): *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*. Madrid, Gredos, Dos tomos.

